

JAVIER GARCÍA ZAPATA

*N*ació en el año 1965. Estudió parcialmente la carrera de Letras Hispánicas y actualmente se desempeña en el sector educativo. Ha publicado un libro de crónicas y dos textos escolares. Publica, a partir de febrero de 2008, en páginas de la red, como *La Casa de Asterión* y *Los Cuentos*. Ha explorado las redes sociales para ofrecer a un público amplio reflexiones personales de carácter literario y filosófico.

Última llamada

Quedó agotada la espiral de la cordura;
entre sordos metales se ahoga el devenir del pensamiento;
no existe un nuevo mundo a dónde encaminar nuestros navíos.
Ya todo bajo el sol se ha calcinado,
y lo único cierto
es el desierto que no cede.
Aquí en donde ahora estamos,
estamos a un momento del abismo.

Oxidado el sextante, la brújula quebrada,
cegados por la voz de los narcisos,
para resucitar
debemos encontrar en dónde nos perdimos,
y descifrar en cuáles laberintos de soberbia
nos halló el extravío.

Hay que emprender ahora
ya sedientos
el último camino:
el que lleva de vuelta al punto de partida;
el mismo que anduvimos recorriendo por las eras que eran y
se fueron
quedando en los zapatos devastados, en las duras sandalias
apretadas de frío,
en la esterilidad de los sistemas, en el turbio equilibrio de los
ismos,
en la quebrada voz de los libros vueltos polvo en los estantes,
en la ebriedad sin pausa del hastío,
en el eco repetido de lo mismo.

Hay que reconstruir a ojos cerrados
las caras del asombro,
encender cada noche las sombras del olvido;

plantar de nueva cuenta en el centro del huerto
un árbol de ignorancia
para encontrar entre la pulpa de su fruto
el mapa que nos lleva hacia un cierto destino.

La tarde adolorida está llamando
a desnudarnos otra vez de cuerpo entero;
debemos revestirnos de parras sin memoria,
desahogarnos de estruendos y de vino,
enjuagarnos la boca y las palabras,
descalzarnos los pasos del equívoco
y construir el oriente
para no seguir errantes
por los hilos
de los siglos.

Mujer de todos los días

Tú no eres un ángel, y ¡qué bueno!
Me estorbarían tus alas para volar por tu cama
persiguiendo tu aliento.
Es estrecho mi armario para guardar
una aureola.
Te prefiero mujer,
con senos, con sexo, gemidos y caricias;
mujer
de carne estremecida hasta mis huesos,
de huesos flotando por mi piel
con su deseo
sin ropa de rubores,
sin nubes de por medio.
Te quiero sudando mis sentidos
sobre el alero de tus párpados;
sorbiéndonos las ganas hasta el tuétano,

temblando en tus adentros
sobre el arco triunfante de tu espalda
de excursión por el cielo;
trotando tú, concretamente asible,
mientras te toco y veo.
Te quiero así, terrestre, terrenal,
celeste fruto de la tierra,
eternamente temporal,
mujer terrena
de polvo y de jaquecas.

...

Mujer de todos los días,
mujer de uno solo:
en tus alas carnales,
elévame;
en la diadema de tu pelo,
enrédame;
en la transparencia de tu vientre,
revíveme;
con el lenguaje de tu pubis,
enciéndeme;
con las aureolas de tu pecho,
coróname;
en el paraíso de tus muslos,
sálvame
de mí.

A tu lado

A tu lado me tiendo
como una sorda nota en busca del sonido;
tu dulce pentagrama es el milagro
cuando el silencio amaga
con su estruendo nocturno.

A tu lado me extiendo
y soy la hiedra amante y victoriosa,
una dispersa nube que se va compactando
para vaciar su sed
en tus estrechos lagos.
A tu lado me atiendo
como en feudales campos,
y tomo de los frutos vibrantes de tu pecho,
del vino de tu boca,
del cereal de tu cuerpo,
de la leche que mana de tus cantos;
y me unto en tus manos,
y me grito tu nombre con los labios cerrados,
y te doy mi semilla
como mínimo pago.
A tu lado me entiendo.
No sé si queda claro...

Sueños y palomas

Dulce rostro del sueño apenas comenzado,
río de luz que construye su nido
en la sed de mis brazos;
desoyes el reclamo de las propias certezas,
que en procesión constante
nos amagan
y arañan la conciencia
mientras se fuga
el día.

Con azoro nos miran las palomas,
tenaces en su vuelo intermitente,
y las rosas renuevan su fragancia
en los huertos dorados de tu carne.

Le saben bien mis manos a tu espalda,
ceñida por el goce de las horas maduras
apenas preocupadas
por aprender
de nuevo
los besos balbuceantes del verano.

El fuelle de tu boca sopla vida en mi cuello,
y se quedan tus labios grabados en mi aliento
mientras la piel se hidrata girando sobre el fuego.

Si el amor se cansa de nosotros

A veces,
frente a la tarde,
me gusta imaginar
que somos como el agua:
circular
reciclable
en las entrañas de la fuente
abrazándose siempre.
Y pienso
que somos piedra y agua
encontrándonos los labios
al pie de las montañas,
o en la cima de un puente.
Y me gusta creer
que si el amor se cansa de nosotros
no estaremos aquí
para saberlo.